

¡Ah! ¡ojala quisiera Dios que el pecado de los judíos no se renovase diariamente en el seno del Cristianismo! Pero ¡ay! todos esos cristianos desventurados que, á ejemplo de los judíos, aspiran á la libertad de creer lo que les agrada, y vivir como creen; todos esos que prefieren el bienestar del cuerpo á la pureza del corazón, la licencia de las pasiones á la severidad de la ley, las máximas del mundo á las doctrinas del Evangelio, los atractivos del vicio á la santa amargura de la virtud, las riquezas á la gracias, las ventajas del tiempo á los grandes intereses de la eternidad; todos esos cometen en realidad el pecado de los judíos, prefieren verdaderamente Barrabás á Jesucristo, la criatura al Criador, el demonio al mismo Dios. Y el pecado de los malos cristianos es más detestable aún que el de los judíos. Porque la indigna preferencia que los judíos dieron á Barrabás fué el resultado de un momento de ciego furor, mientras que los cristianos, entregados á sus pasiones, se forman tranquilamente un ídolo de los honores, de la voluptuosidad y del oro; ellos consagran á este ídolo todos sus pensamientos, todas sus afecciones todos sus cuidados, todas sus acciones, su tiempo y su existencia; ellos no viven sino por sus pasiones ni respiran sino para sus pasiones. Y bien, ¿no es esto una horrible apostasia, un homenaje de verdadera idolatría tributado á una vil criatura, en perjuicio del culto de alma y de corazón que el cristiano debe á su Criador, á su Redentor y á su Dios?

¡Ah! no seamos del número de esos insensatos, cuya locura no puede repararse con una eternidad de tormentos, de lágrimas y de dolores. Procuremos, ahora que todavía es tiempo, asegurar la salvación de nuestra alma. Escuchemos esas palabras que Jesucristo hace resonar en nuestros oídos: ¿De qué nos servirá haber brillado un momento en el mundo con unos honores inmerecidos ó con una fortuna mal adquirida? ¿De qué nos servirá haber llegado al goce de todos los honores, de todas las riquezas y de todos los placeres del mundo si perdemos nuestra alma? Apliquémonos, pues, al grande, al único negocio, al negocio importante, preciso y necesario de nuestra salvación. Prosigamos nuestra peregrinación sobre la tierra, con los ojos y el corazón fijos en el cielo, y ocupémonos en las cosas temporales de tal manera, que no comprometamos nuestros intereses eternos.

Amén.

LOS AZOTES

Tunc ergo apprehendit Pilatus Jesum et flagellavit.
Pilatos, pues, tomó entonces á Jesús y azotóle.

(S. JUAN, XIX. 1.)

¿Cuándo se cumplió literalmente, hermanos míos, aquella profecía de Isaías acerca de la pasión de nuestro amabilísimo Redentor? Cuándo se verificó aquella laceración y despedazamiento de su cuerpo adorable? *Vere langores nostros ipse tulit... ipse autem vulneratis est proptus iniquitates nostras, attritus est propter scelera nostra.* En verdad tomó sobre sí nuestras enfermedades; mas él fué llagado por nuestras iniquidades, quebrantado fué por nuestros pecados. ¡Ah! esta predicción se verificó á la letra en los crueles azotes á que el Señor se sometió en casa de Pilatos y por su orden, porque por esta sangrienta ejecución el cuerpo adorable de Jesús fué herido de la manera más bárbara y como despedazado por causa de nuestros pecados.

La flagelación del Señor, obra del odio infernal y de la barbarie atroz de los hombres, es pues un grande é importante misterio. Así es que hoy, hermanos míos, debemos asistir en espíritu al drama sangriento que se representa en el pretorio de Pilatos, considerando con una piadosa emoción el modo con que este divino cuerpo fué azotado por nuestra causa. Pidamos antes humildemente la gracia.

Ave María.

Aunque Pilatos hubiese dado ya libertad á Barrabás y consentido en que Jesús fuese crucificado, hermanos míos, sin embargo, antes de poner por escrito esta sentencia inícuca, y de ejecutarla, vuelve á su primer expediente tan injusto como desgraciado. Manda, pues, azotar al Salvador, esperando que calmaría así el corazón de los judíos, tigres sedientos de sangre, y que con el espectáculo del oprobio

y dolor de esta ejecución cruel, los traería á no solicitar ya la muerte del pretendido criminal. Así es que el dar Pilatos la orden de azotar al Salvador, no fué por conformarse á la ley romana que prescribía castigar á los esclavos con varas antes de crucificarlos, sino por un sentimiento de compasión injusta y cruel. Pero ¿cómo es que los evangelistas no hayan escrito sino tan pocas palabras acerca de los azotes, castigo el más doloroso y humillante de los misterios de la Pasión de Jesucristo? ¿Por qué han querido ocultar á nuestra fe y á nuestra piedad el conocimiento de todas las circunstancias que debieron acompañarlo? Y si nada han querido decir ni de los instrumentos empleados en rasgar las delicadas carnes del Cordero divino, ni del número de azotes que recibió, ni de la abundancia de sangre que virtió, ni de la ferocidad brutal de sus enemigos, ¿por qué ocultarnos aun las disposiciones admirables en que se hallaba la víctima mientras que de tan cruel manera se estaba inmolando por nuestra salvación? ¿Sabéis la razón de este silencio? Es porque todas estas cosas se hallaban ya muchos siglos antes referidas de un modo muy detallado en los libros del Antiguo Testamento, que contienen no solamente las predicciones generales, sino aun los relatos circunstanciados de muchos hechos del Nuevo Testamento.

Apenas fué puesto el Salvador divino al arbitrio de una soldadesca desenfadada, feroz é insolente, agárranle con extorsiones aquellas manos sacrilegas, arráncale violentamente sus vestiduras, y átanle con sogas á una columna del patio del pretorio. ¡Oh! y cuán vergonzosa confusión é ignominia para aquel Dios que extiende sobre la tierra una cortina de nubes, que cubre el cielo y la gloria con majestad esplendorosa, que viste las aves de vistosas plumas, las flores de un esmalte aromático, y que rodea de candor la azucena de los campos! ¡Cuánta confusión, pues, de verse expuesto como espectáculo en una vergonzosa desnudez, á las miradas licenciosas y á las sacrilegas bufonadas de todo un pueblo! Descended, bienaventurados espíritus, descendad á toda prisa; venid, cubrid con vuestras alas respetuosas este cuerpo sagrado, milagro de pureza y candor; salvadlo de las miradas impúdicas, de las burlas insolentes de los hijos del pecado... Pero no; suspended vuestro vuelo, ¡oh ángeles santos! y vuestro dolor por él no os haga olvidaros de que nosotros desgraciados tenemos también necesidad de compasión. ¡Somos nosotros esos infortunados sobre quienes ha pronunciado en su ira la divina Justicia el anatema terrible que nos condena á una confusión eterna! ¡Ah! sin la confusión, sin la ignominia que en este momento cubre el santo y adorable hijo de Dios, no podría ni borrarse ni expiarse la

nuestra. Dejad, pues, que se cumpla ese gran misterio de misericordia para con nosotros, porque él se digna sobrellevar así el oprobio de la desnudez, en lugar de nosotros, para alejar así lejos de nosotros la ignominia afrentosa que teníamos merecida.

Pero por más confusión que Jesucristo experimentase por la desnudez afrentosa á que habían reducido su cuerpo aquellos bárbaros, la experimentaba todavía mayor en su corazón. Jesucristo, como nos lo asegura David, tuvo un coloquio sentimental con su Padre, como con el solo que conocía toda la profundidad de sus afrentas, todo el exceso de su rubor. *Tu scis, Domine, opprobrium meum, et confusionem meam.* «Tú solo, Señor, conoces el oprobio y confusión que me cubren.» ¿Y cuál es este oprobio secreto, esta confusión íntima, esta ignominia de su corazón, que le hace olvidar el oprobio, confusión é ignominia de su cuerpo? ¡Ah! dice San Buenaventura, es la vergüenza de verse cargado con todas las impudicias de los hombres y de llevar ante el acatamiento de Dios toda la responsabilidad que merecen, tomándola sobre sí, sin que ni aun sombra de pecado haya habido ni pueda haber habido en él. ¡Qué afrenta, en efecto, para el Dios de la pureza verse expuesto así á los ojos del cielo y de la tierra como culpable de todos los pensamientos, de todas las condescendencias interiores contra la santa virtud de castidad y pureza, de todas las conversaciones licenciosas, de todas las miradas inmodestas, de todas las familiaridades impúdicas, de todos los groseros y brutales transportes de los sentidos, de que se ruborizarían hasta los irracionales, y de que hacen los hombres el hazmerreír, el asunto de sus triunfos satánicos, de sus infernales diversiones! ¡Qué vergüenza, qué afrenta para Jesucristo representándose en espíritu, y trazando en su pensamiento purísimo las disoluciones con que deshonrarian los cristianos su cuerpo místico, es decir, la Iglesia, y con las que los hombres mismos profanarían su cuerpo real, llevando un cuerpo y corazón inmundos á la celebración del tremendo misterio de la santidad y pureza! Estos excesos, de que se ve cargado, son los que le humillan más, y los que confunden y atraviesan su corazón; y mientras tanto, para expiarlos, se penetra más y más del sentimiento de la horrible y secreta ignominia que experimenta, y que ofrece en holocausto á su Padre, á fin de obligarle á recibirlo con agrado en toda su intensidad, en todo su mérito, en toda su virtud.

Añádese á esta ignominia el más cruel de todos los tormentos. ¡Oh espectáculo de horror para los ángeles, para los hombres y para el universo entero! El autor de la libertad es castigado aquí, es destrozado como un esclavo, y del modo más bárbaro, por los viles es-

clavos del pecado. Pero ¡oh misterio de bondad y amor infinito! En este momento el Hijo de Dios toma la forma de un esclavo malvado é indócil, que ha merecido ser castigado con azotes! Y después de haberse sometido á María y José, los mayores siervos de Dios entre los grandes siervos del Señor, aparece como el esclavo de los mismos judíos, esto es, como el esclavo de los esclavos del demonio. ¿No percibís, en efecto, en medio de esa insana algarabía, de esa alegría feroz, de esos aplausos crueles dados por los magistrados, por los soldados, por un pueblo, en fin, sonar los furiosos golpes de los verdugos azotadores? Han dado ya ellos principio al más atroz suplicio que se pueda hacer sufrir á un cuerpo humano. Al través y á favor de las luces divinas lo han visto ya los profetas, como acabamos de indicar; y nos lo han descrito con todos sus espantosos detalles, sin que sea necesario por nuestra parte otra cosa que recoger los rasgos y lineamientos esparcidos por todas partes, para formar un cuadro completo de este misterio de compasión y horror. Dícenos David que cuando el Señor fué llevado á la columna para ser atado á ella, él mismo se preparó, á pesar del indecible rubor que le costaba por la desnudez, para recibir en aquel poste, de mano de los hombres, la ingrata recompensa de su amor, y como un castigo por amarlos demasiado: *Quoniam ego in flagella paratus sum. Et fui flagellatus; et castigatio in matutinis.* Isaías añade que él presenta á los azotes su cuerpo inmaculado con la misma calma y serenidad, con el mismo amor y mansedumbre que había ofrecido sus mejillas adorables á los ultrajes y bofetadas. Los instrumentos de que se valieron en un principio para azotar al Salvador, fueron varas, porque los magistrados romanos tenían costumbre de azotar con ellas á los esclavos antes que se les cortase la cabeza; y por esta razón llevaban los lictores ó alguaciles ante los magistrados un manojo de varas, en medio de las cuales sobresalía un hacha. Ahora bien; á los primeros golpes que se dieron al Señor, nos dice Isaías que todo su cuerpo delicado apareció surcado de horribles llagas que se cruzaban en todos sentidos, y que se hinchó todo él por las contusiones. Esto nos pone de manifiesto que los golpes llovían sobre él sin cuento, y que le herían con igual furia en la cabeza, en las espaldas, en los brazos, en los muslos, en las piernas, en los costados, en el pecho; de suerte que ninguna parte de su cuerpo dejó de quedar horriblemente maltratada: *Vulnus et livor et plaga tumens.*

Y así, añade el mismo profeta, al fuerte sacudimiento de estos azotes no interrumpidos, rásase la piel, salta la sangre amoratada de los cardenales en donde estaba todavía estancada, las carnes se

desgarran, descúbrense hasta lo vivo, de suerte que no era posible ver parte sana en todo el cuerpo del Salvador, desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza. *A planta pedis usque ad verticem capitis non est in eo sanitas.* Pero ni aun quedó satisfecha con estos excesos la brutalidad de estos monstruos; ya no quedaba lugar donde pegar, y ellos, los bárbaros, no cesaban todavía de azotar, de sacudir crudos golpes. Y así es que se abren nuevas llagas sobre llagas ya formadas; ahondan sobre heridas ya ensangrentadas otras heridas más anchas y más profundas; de suerte que se rompieron sus músculos, se desgarraron sus venas, saltaban á pedazos las carnes, y podían hasta contarse los huesos. Ahora bien, ¿quién sería capaz, no ya de explicar, sino ni aun de comprender los atroces tormentos que experimentó nuestro Señor en este atroz suplicio á que fué condenado, á que estuvo sometido un cuerpo tan delicado? ¡Ah! sí; entonces fué cuando nuestro amable Salvador vino á ser en toda su realidad el hombre de los dolores, como estaba ya predicho por Isaías: *Virum dolorum.* Esto es: que él es el hombre herido y afligido en todas las partes de su cuerpo inmaculado, el hombre anegado en el dolor, el hombre que reúne en sí toda la amargura, todos los tormentos, toda la vehemencia del dolor y de la pena; y, por consiguiente, el hombre de un dolor sin medida, sin ejemplar, y sin expresión. ¡Oh amabilísimo Jesús, y cuánto os ha costado mi pecado!

Los profetas, al referirnos las circunstancias de esta terrible tragedia, nos han revelado el alto y grande misterio que encierra, enseñándonos que la flagelación del Salvador ha sido tan útil para nosotros como ignominiosa y cruel para él. Porque Isaías, recorriendo el velo que encubría este misterio, nos muestra, bajo las manos visibles de los soldados, pero sacrílegas y bárbaras, otra mano invisible, pero mano sagrada, mano compasiva, la misma mano de Dios que hierre y destroza el cuerpo de su propio Hijo, objeto de todas sus complacencias, porque él le ve cargado de la maldición con que lo envuelven, á manera de vestido, todos los crímenes del mundo: haciendo que sea el hombre de dolores, porque ha querido hacerse voluntariamente el hombre del pecado: *Virum dolorum: propter scelus populi mei percussi eum.* Contemplando á lo lejos el mismo profeta á este manso y tierno cordero como si lo tuviese presente á su vista, y viéndole en esa actitud de dolor tan grande, y de ignominia tan profunda, á que le había reducido su excesivo amor por nosotros: «Vedlo aquí, exclama, vedlo aquí: yo percibo al Mesías Salvador: aunque tan puro, aparéceme inmundo y cubierto de llagas, cual un leproso. Siendo hijo de Dios, él se nos muestra como un objeto de aborreci-

miento para Dios, humillado y herido por la mano del mismo Dios. Yo llego empero á penetrar por entre esos velos el misterio de ternura infinita que se cumple en él. Esa fealdad que lo desfigura, ese dolor que lo acaba, esta flaqueza que lo abate, son verdaderamente nuestra flaqueza, nuestro dolor, nuestra fealdad. Esos golpes que lo abruman, esos azotes que lo destrozan, esas llagas que lo atormentan, son la obra funesta de nuestros vicios y pecados. Pero ¡oh permuta tan dolorosa para él como feliz para nosotros! Esos cardenales que recibe por nosotros, nos curan á nosotros; esa sangre que vierte por nosotros, nos purifica á nosotros, ese trato horrible que aguanta, que sufre por nuestro amor, nos reconcilia con Dios.

No es, pues, ya por saciar la ferocidad de los judíos, no ya por hartar la brutalidad de los gentiles que se destroza, se disloca, se descoyunta este divino cuerpo, sino por servir de remedio á nuestra salvación. ¡Misterio de horror de parte de los hombres que fueron su ciego instrumento en el exceso de su barbarie; pero misterio también de ternura de parte de Dios, que lo dispuso así en el exceso de su misericordia! Es azotado por el malvado, Aquel que es la bondad por esencia; el hombre culpable fué quien mereció el castigo, y es el inocente Jesús quien lo paga. ¡Ah! exclama San Cipriano, ¿qué hubiera sido de nosotros, desgraciados mortales, sin este tormento del hijo de Dios, pues que nuestras llagas estaban ya tan inveteradas, corrompidas y gangrenadas, que no podían ser curadas sino en el precioso bálsamo de la sangre que Jesucristo ha derramado por todas las llagas de que fué cubierto su cuerpo? El se ha abajado voluntariamente á la condición y estado en que debíamos estar nosotros mismos; él ha consentido ser azotado por los ministros de Satanás, porque nosotros debíamos ser azotados eternamente por los demonios; él ha querido que su carne pura é inocente pagase la deuda de nuestra carne manchada con crímenes; y por esta razón no debemos admirarnos de que las heridas del Señor sean sin cuento, pues que los azotes que merecía la carne del hombre pecador son también sin cuento. Después de una expiación tan grande, no tenemos necesidad sino de aplicarnos su mérito por medio de una penitencia verdadera. Con sólo ésta, con pequeñas expiaciones voluntarias, daremos á la justicia divina la satisfacción que le es debida por todos nuestros pecados sensuales. No estamos ya sujetos á la flagelación de Satanás; aun hay más, dice San Jerónimo; estamos ya libertados de la funesta necesidad en que nos habían puesto nuestras malas inclinaciones, de sufrir en esta vida los azotes y castigos temporales, así como hemos sido libertados también de los tormentos del infierno, que sin

remedio humano nos estaban aguardando en la otra vida durante la eternidad.

Pero todos los misterios de Jesucristo han sido no solamente una expiación, sino además un remedio. Porque mientras que el Señor tomaba sobre sí todas las fragilidades y llagas de nuestra carne, se preparaba á curarlas, comunicándonos la virtud y santidad de la suya. Y así nosotros participamos por el misterio de la flagelación de la pureza de la carne inmaculada del Redentor, pues que en este doloroso castigo ha padecido las penas debidas á nuestra impureza; y que si hemos obtenido la gracia de poder domar nuestra carne, de reprimir sus inclinaciones sensuales, ha sido precisamente porque su carne divina fué destrozada, como si hubiera sido carne de pecador; y que en virtud de la pasión de Cristo y por su gracia, podemos convertirla en una carne virginal y santa. Por lo que el espíritu de pureza, de virginidad y de candor, que para mayor admiración de los voluptuosos gentiles fué tan común y esparcido en todas las edades, en todos los sexos y en todas las condiciones, así que se estableció entre ellos el Cristianismo; este espíritu, digo, de castidad que reina todavía en las naciones católicas, es el fruto y la gracia de la flagelación de Jesucristo.

Hermanos míos, llevemos en nuestro cuerpo la santa mortificación cristiana, para imitar y ostentar reproducida en nosotros la vida pura y penitente de Jesucristo. Manifestémonos oyentes dóciles y fieles ejecutores de las elocuentes instrucciones que se sacan de este cuerpo todo magullado, de esta sangre acardenalada y salpicando la tierra, de estas llagas, de estas contusiones, porque todo esto nos testifica en su mudo lenguaje que Dios Padre, que ni aun ha eximido á su hijo único y consubstancial de un trato tan inhumano, no nos eximirá á nosotros, sus hijos adoptivos, de la ley de penitencia; y que si el Hijo de Dios, aunque sin pecado, no está empero sin dolores, ninguno de nosotros con mucha más razón estará sin sufrir los azotes de su cólera, pues todos estamos tan cargados de pecados. Estas llagas nos echan en cara nuestra molice, nuestra suma delicadeza, ese excesivo cuidado que tomamos á favor de nuestro cuerpo; estas llagas nos dicen y repiten la dura y útil advertencia que nos hace el Evangelio. El que es idólatra de su propia carne, el que la consiente, la lisonjea, la acaricia en la vida presente, la aborrece en realidad, pues que la prepara con esto á una ignominia profunda, y á dolores sin fin en la vida futura. *Qui amat animam suam, perdet eam*; y al contrario el que la castiga, el que mortifica su propia carne en este mundo, la ama en realidad, porque él la encontrará en la

otra vida, rodeada de una gloria eterna y de las más puras delicias: *Qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam eternam custodit eam.* ¡Ah, hermanos míos! no nos forjemos ilusiones; no puede entrarse en el cielo si no se lleva la preciosa divisa, la vestidura divina que nos hace semejantes al Hijo de Dios azotado por el hombre. Esta semejanza forma las armas de los predestinados; es el sello de los escogidos.

No mostremos, pues, tanto desdén, tanto alejamiento por la mortificación corporal, porque es la maestra de la humildad, la mediadora de la oración, la guardiana del pudor, la prueba de la contrición, la disposición al arrepentimiento y al perdón, la gala de Jesucristo, la cifra misteriosa de los escogidos, y la escala de salvación. Apresurémonos con la práctica de la penitencia á llevar impresas en nuestros cuerpos, como de sí mismo lo decía San Pablo, algunas señales de las llagas de nuestro Señor Jesucristo. *Ego autem stigmata Domini Jesu in corpore meo porto*, porque si con él padecemos, triunfaremos, y reinaremos algún día con él eternamente. *Amen.*

HUMILLACIONES Y HOMENAJES

EN EL PRETORIO

Et plectentes coronam de spinis, posuerunt super caput ejus, et arundinem in dextera ejus.

Y entrelazando una corona de espinas, la pusieron sobre la cabeza de Jesús, y le pusieron también una caña en la mano.

(MATH. XXVII, 29.)

Hermanos míos, quedamos atónitos siempre que contemplamos esa exquisita aplicación de todo suplicio inventado, para no dejar uno con qué atormentar al Salvador. Nunca, jamás, ley alguna pe-

nal, aun bajo los régimenes más duros, más severos, había llevado á tal punto la barbarie de sus torturas y tormentos; jamás habían tratado de saciarse hasta un extremo tal sobre sus víctimas los furoros, las iras, la refinada malicia de los tiranos. Mas para Jesús, para aquel de quien estaba escrito: «él será el hombre de los dolores,» no hay exceso en que no caiga y á que no llegue la rabia inhumana de sus verdugos, y vosotros acabáis de oír, amados hermanos míos, este pasaje que yo he sacado del relato evangélico: «Los soldados de Pilatos entretejieron una corona de espinas, y la pusieron en la cabeza de Jesucristo y le pusieron también una caña en la mano.»

Este es el misterio que vamos á contemplar juntos durante ciertos momentos; y nosotros podemos, y aun debemos llamarlo el misterio de real majestad de Jesucristo. Estas palabras del Evangelio nos han hecho traer á la memoria esa corona, esa caña, ese cetro, y los burlescos homenajes que se le hacen, como el espíritu y resumen de su miseria en la tierra. Sí; este misterio encierra una doctrina asombrosa que es menester meditar con recogimiento y espíritu de oración. Veremos desde luego envilecida y profanada á esta majestad real de Jesucristo; la veremos en seguida, en medio y al través de los ultrajes, reconocida y adorada. Tal será el asunto y división de este discurso. Imploramos la asistencia de la Madre de dolores. *Ave Maria.*

Los padres de la Iglesia, y entre otros San Juan Crisóstomo, parecen haber formado empeño en disculpar á los soldados romanos de la invención de este nuevo género de suplicio: la corona de espinas, la caña y los ultrajes del escarnio y el insulto. Han pensado que era también la causa de este nuevo é inaudito género de tormento, la rabia de los fariseos y judíos, que perseguía á Jesucristo aun hasta lo interior del pretorio; han pensado era el dinero derramado con profusión, el que había corrompido á los soldados romanos hasta el punto de insultar al infortunio y á la inocencia en su más respetable retrato. Pero cualesquiera que sean los autores de esta invención, estos hombres reunidos en el pretorio de Pilatos, y que oyeran decir que el Salvador mismo había confesado su cualidad de rey, que sabían además que los judíos le habían acusado de tomar este título, y de atribuirse esta dignidad, concibieron desde luego el pensamiento de hacerle burlescamente esos honores. Traen un mal asiento, que será su trono, despojan á Jesús de sus vestiduras, que apenas acaban de ser puestas sobre las llagas crueles de la flagelación, y echan sobre su sacratísima carne desnuda un manto ó sayón

de púrpura; aderezan con toda prisa una corona entretejida de espinas, se la ponen sobre su cabeza, se la introducen y clavan en ella á puros sendos golpes; en seguida, yendo á buscar un símbolo de flaqueza, traen una caña, la ponen en las manos del Salvador á guisa de cetro real, y entonces, inclinándose sucesivamente todos é hincando delante de él la rodilla en tierra, le dicen: «Guardaos Dios, rey de los judíos.» *Ave, rex Judæorum.*

Aun no es esto todo: como era necesario que padeciese el dolor más cruel, al propio tiempo que el desprecio y la mofa, le arrancan esa misma caña de las manos, golpean sobre la corona de espinas, para meter y clavar mejor sus agudas puntas en la cabeza; la sangre mana hilo á hilo de cada una de ellas. Aun no se paran aquí: el Evangelio nos dice que á los indignos homenajes y burlas salta- ciones, añadan los feroces, ultrajes los más soeces: escupian sobre su cara, escupian sobre todo su cuerpo, y con la más insolente algarabía lo atronaban y escarnecían: *expuñentes in eum.* Amados hermanos míos, majestad á la verdad vilipendiada hasta lo extremo, envilecida é insultada, era aquella del pretorio, que se había reconocido y confesado como rey. Es verdad, los profetas lo habían anunciado como el rey establecido sobre la montaña de Sión, y he aquí que aquellos hombres, por insultar á esta dignidad, cuyo sentido no comprendían, amontonan todo lo que pueden presentar de más amargo y penetrante, la injuria, el ultraje y el dolor. Y el Salvador en su apacible dignidad, en su indulgencia inalterable, se queda, escucha, recibe, aguanta todo sin quejarse, sin oponer jamás la injuria á la injuria. Amados hermanos míos, este espectáculo excita sin duda alguna en nosotros sentimientos de lástima y de compasión; hace nacer también sin duda alguna movimientos de una legítima indignación contra los verdugos cebándose en su víctima; pero tengo que decirlos yo otra cosa en cumplimiento de mi ministerio...

Vosotros, cristianos y marcados con el sello regenerador del santo bautismo, habéis reconocido esta majestad real de Jesucristo. Si; vosotros profesáis obediencia á sus leyes, respeto á su nombre; se os oye alabar sus preceptos, su moral, y no quisierais, ni Dios lo permita, abjurar este título que os une á la gran familia del Salvador. Permitidme sin embargo os diga: ¿acaso en vuestra misma vida cristiana y profesando la religión de Jesucristo, no ha habido ocasiones en que habéis dejado de repetir debidamente los derechos de su soberanía y tributarle el homenaje de vuestra obediencia? Los soldados romanos le han preparado una corona de espinas, la han puesto y clavado en su cabeza sagrada; y vosotros, hermanos míos, cuando

en lugar de consolar al Salvador con una vida atenta y afecta á su servicio y amor; cuando en lugar de establecer la regla de vuestra conducta, de toda vuestra vida, según sus documentos y doctrina, según su espíritu, según la autoridad y doctrina de la Iglesia, se os ve buscando sin cesar las vanidades y placeres del mundo, los intereses temporales, buscando cómo satisfacer á vuestros gustos y deseos, ¡ah! decidme: ¿no son esas otras tantas espinas que claváis en la frente del Salvador, como para deshonorar á su soberanía y majestad? Entonces ¿sois acaso hijos suyos, discípulos, vasallos leales? ¿Es su ley la que dicta vuestros pensamientos, rige vuestras acciones? Y cuando han penetrado sus gracias en vuestro corazón; y cuando ha descendido á vuestras almas la palabra evangélica, decidme: ¿no hay en ellas todavía esas solicitudes, esos afanes de la vida, esos intereses materiales, esas continuas distracciones que, según una parábola del Evangelio, vienen á sofocar la buena semilla como las espinas en el campo? ¿No se parece acaso vuestra alma á ese campo del perezoso, á esa viña del insensato, de quienes habla el Sabio? El ojo de Dios ha mirado despacio, detenidamente ha recorrido ese campo de vuestro corazón, esa tierra de vuestras almas, y os la ha confiado para que la embellezáis con vuestro cultivo, para hacer nacer y prosperar en ella frutos de bendición y de gloria, y ved que la han llenado y ocupado todos los abrojos de vuestros desórdenes, las espinas de vuestras malas inclinaciones.

No, no, hermanos míos; esta corona no es obra del soldado romano; es vuestra. ¡Ah! vosotros sois los que habéis aglomerado todas esas amarguras en torno de la augusta cabeza del Salvador; vosotros sois ¡ah! los que habéis levantado, erigido, con vuestros afanes y vanos desasosiegos, con vuestra vanidad, con vuestro orgullo, yo no sé qué falsa soberana majestad que desmiente á buen seguro vuestras palabras, vuestras acciones, vuestra fe, y que no es el homenaje debido al Rey de los reyes, á aquel cuya voluntad se ha de cumplir plenamente en la tierra y en el cielo. Por otra parte (tened á bien reconocerlo y confesarlo así), hay un imperio de nuestro dueño y señor Jesucristo que no podemos destruir; es un derecho absoluto, un dominio inalterable; es su reino íntimo en nuestras almas. Hermanos míos, respetó el Señor, en su bondad é indulgencia inscrutables, vuestra libertad; os dejó el poder de honrarle libremente, de prestarle una obediencia que pudieseis rehusarle. Por esto ha sido menester significar esa dulzura y esa condescendencia de su reinado con la caña puesta en su mano, y que le sirve de cetro. Era sí, en efecto, en aquella circunstancia y de parte del soldado romano, una burla,

un escarnio; y en tal circunstancia era una insignia de flaqueza, de flojedad, de miseria: todo esto es cierto, en verdad. Pero vosotros, cristianos, vosotros que conocíais á Jesucristo, vosotros que lo habéis reconocido por rey en vuestros corazones, en vuestras conciencias, en toda vuestra vida; vosotros que formáis parte de su reino, de su Iglesia, que él ha conquistado con su sangre, ¡ah! esta caña del Salvador, la blandura de sus mandamientos, la indulgencia de su autoridad habian de ser para vosotros un nuevo motivo para respetarlo y obedecerle mejor. Y bien: ¿sabéis lo que sucede? Aun hoy día mismo en el mundo se acusará la ley evangélica de flojedad, el cristianismo de impotencia; y se dirá todavía con cierto tono de convicción que el cetro del rey Jesús no es sino una caña débil; porque si fuera más fuerte, dicen, si fuera más poderoso, si la religión fuera divina, si fuera en realidad el imperio del Dueño del cielo y de la tierra, ¿habría en esta sociedad que lleva su nombre, el nombre de cristiana; habría entre los que han participado de sus doctrinas y gracias tantas inconsecuencias? ¿Se verían acaso, como de hecho tristemente por desgracia se ven tantas incompatibilidades, tantas contradicciones con este mismo espíritu del Salvador?

Guardaos, amados hermanos míos, de creer que os acuse más de lo que merecís. ¡Ah! sé muy bien que hay tiempos de gran bonanza espiritual en la carrera de vuestra vida. Más de una vez el fervor os ha revelado una inspiración divina; habéis acogido la gracia en vuestras almas con amor, y vosotros no ya corréis, sino voláis por el camino de los mandamientos del Señor. ¡Ah! al considerar esta caña, este cetro puesto en la mano del Salvador, amáis su flaqueza y la admiráis; y entonces no tenéis necesidad de fuerza ni de amenazas para obligaros á seguir al que hace consistir su fuerza en inspiraros amor. Pero después de pasado un día ó más de fervor y devoción pasajera, aunque tal vez habéis reformado momentáneamente vuestra vida, y armádoos de generosas determinaciones, se os ve imitando esa caña del desierto, agitada por todos los vientos de la opinión y del placer, comenzar todavía de nuevo vuestra historia deplorable, mostráros inconsecuentes é inconstantes, y sin permanecer fieles y hijos bajo esta mano que sólo quería mandaros para bendeciros y salvarlos. No era sólo, pues, la cohorte romana, la que insultaba á la majestad soberana de Jesucristo. En nuestra propia vida, amados hermanos míos, en la continuidad misma de las acciones de la mayor parte de los cristianos, se encuentra también esta soberanía y majestad de Jesucristo desconocida, menospreciada, hollada, olvidando enteramente su autoridad; y así se ve que los sarcasmos, los

sofismas de los paganos y de los que se alejan del Evangelio están dirigidos también contra el poder y majestad divina del Salvador. ¡Oh amados hermanos míos! Cuanto más vemos aquí á Jesucristo en un estado de decaimiento, de flaqueza, debilidad aparentes; cuanto más es una burla de su soberanía esta corona; cuanto más apariencia de flaqueza y debilidad acusa esta caña puesta en su mano, tanto más debemos sentir en nuestros corazones una generosa resolución y decidida voluntad de establecer en todas partes su reino y su gloria. Si, nosotros debemos experimentar una santa rebeldía, una indignación noble, no contra aquellos ciegos soldados, no contra aquellos judíos extraviados por el odio, sino contra nosotros mismos, contra nuestras injurias, contra nuestras inconsecuencias, contra nuestros ultrajes, contra esa deshonra con que sin cesar insultamos á la majestad soberana de Jesucristo, á su ley, á su autoridad, á su reino, á su Evangelio. No quiero insistir más, amados hermanos míos, acerca de este incidente de mi asunto; y me apresuro á llegar á la segunda reflexión que os mostrará reconocida y honrada la soberanía y majestad de Jesucristo, aun en medio de los ultrajes é insultos.

Efectivamente, amados hermanos míos, en medio de los ultrajes é ignominias de la pasión del Salvador, y al propio tiempo que su majestad era vilipendiada y cubierta de oprobios, por una secreta disposición de la Providencia, y por un designio profundo de la voluntad divina, descubrimos allí algo que ha de contribuir á que la majestad de Jesucristo sea para nuestros corazones una majestad y soberanía sagrada é inefable, y su corona más excelsa que los cielos y la tierra. Pregúntasele si es el rey de los judíos, y responde inmediatamente y sin el menor embarazo ni reticencia: «Tú lo dices, yo lo soy.» *Tu dicitis.* Sin embargo, para adocinar debidamente á Pilatos, é ilustrarle acerca del sentido de estas palabras, ha puesto un cuidado muy especial y muy notable en decirle que él no era de estos reyes del mundo, que llaman y levantan ejércitos á su defensa. No quería en este momento empuñar el cetro temporal, el poderío temporal y exterior; quería dar á entender que su poder era espiritual, y que él venía á establecer su imperio sobre las almas; y este es el sentido de aquellas palabras: *Regnum meum non est de hoc mundo.* Pilatos quedó sorprendido de la discreción de la respuesta: desasosegado y revoltado en su conciencia más que embarazosa, se presenta y dice al pueblo: «¿He de crucificar á vuestro rey?» Y sabéis las palabras brutales con que respondieron: «Nosotros no tenemos otro rey sino al César.» Había preguntado Pilatos á Jesucristo; le había pedido tomase él mismo su defensa; quería mover su celo, y

de esta manera infundirle valor. «Pero no sabes, dice á Jesús el pretor romano, no sabes que tengo el poder de crucificarte ó de salvarte?» Y el Salvador le respondió: «No tendrías ese poder contra mí, si no te se hubiese dado de lo alto.»

Ya conocéis lo demás, queridos hermanos míos. No tengo necesidad de referiros la sentencia y el suplicio; pero tengo precisión de deciros, antes de pasar más adelante, que Pilatos, por un designio de la Providencia, hizo escribir para colocar sobre la cruz del Salvador, ese título que conocéis todos: «Jesús Nazareno, rey de los judíos.» Los judíos, bien lo sabéis, se irritaron contra esta inscripción tan extraña y pretendían que en tono de burla se leyera: yo soy el Rey de los judíos, y Pilatos les respondió, para proclamar á la faz de los siglos la verdad de ese reino de Jesucristo: «Quede escrito lo que he escrito.» Y esta cualidad, y esta calificación permanece para siempre jamás, y esta soberana majestad divina fué proclamada en la cruz y en medio de las ignominias y suplicio del Salvador. Tenía pues yo razón en deciros, hermanos míos, que la majestad de Jesucristo, aunque insultada, aunque menospreciada, aunque envilecida por el extravío de sus enemigos, había sido declarada sin embargo por aquel á quien Dios había querido escoger entonces por órgano suyo en tal circunstancia, por Pilatos mismo, aunque pagano, y gobernador nombrado por un imperio extranjero á su pueblo de Judá. Por otra parte, como nota un santo Padre de la Iglesia, San Ambrosio, por más que los soldados romanos hubiesen tenido una verdadera intención de burlarse; por más que tratasen de dar á sus acciones todas las trazas y apariencia de una insultante y cruel bufonería, no es menos cierto que ellos rendían y tributaban sin saberlo, y mal que les pesase, un honor soberano al Hijo de Dios. Ellos le pusieron una corona en la cabeza, y un cetro en la mano, ellos se inclinaron delante de él, fuese por burla, nada importa; á pesar suyo, ellos expresaban con tales actos, en su fondo é independientemente de su perversa voluntad, un honor que era debido á Jesucristo.

A pesar de esto, amados hermanos míos, no pueden menos de volver de continuo al pensamiento aquellas ignominias, aquella saliva infame, aquellas befas é insultos, aquella debilidad y flaqueza del rey de los reyes que estaba allí, en cierto modo, abandonado á la rabia y á los caprichos de sus enemigos. Esperad, hermanos míos. Había en tal circunstancia, discutíase realmente allí la consagración misma de la soberanía y majestad divina en aquel menosprecio, en aquel dolor, en aquel decaimiento mismo. Indignábase, como vosotros, San Cirilo de Alejandría, contra aquellos desprecios, contra

aquellos ultrajes. Recógese sin embargo en sí mismo, y después, considerando en el fondo de su conciencia los dones de Dios que Jesucristo venía á traer á la tierra, los caracteres que debían constituir su reino en las almas; exclama: «Que sólo le convenía el menosprecio.» Y vosotros sabéis muy bien por otra parte que Bossuet ha osado decir que no había en la tierra otra cosa más digna del Hijo de Dios que el desprecio y los ultrajes. ¿Y por qué? No será yo quien tema deciros la verdad en toda su crudez y seriedad. No hay cosa más digna del Hijo de Dios en la tierra que el menosprecio y los ultrajes; porque los homenajes, los honores, las riquezas, las dignidades, los goces temporales, los placeres, todo lo que forma aquí bajo el fin y objeto de la ambición de los hombres, era muy inferior y no correspondía á la dignidad del Hijo de Dios. Era necesario é indispensable que su grandeza tuviese otros caracteres. Pues bien, sí; convenía, menester era reinarse por el menosprecio, por el dolor.

Estadme todavía atentos. Vosotros á quien engrie si cesar el amor propio; vosotros que no vivís sino de afectaciones de vanidad; vosotros que no sabéis andar sino en pos de la gloria mundana, que os alimentáis de las tristes sugerencias de la ambición humana; ved, ved á aquel á quien adoran los ángeles, á aquel que reina en los cielos y en la tierra, á aquel que con una sola palabra sacó al mundo de la nada, á aquel que dispone del universo entero según el libre, el absoluto, el independiente beneplácito de su voluntad, y cuyas leyes se cumplen con la mayor exactitud en esas esferas y mundos superiores. Ved, ved á aquel cuya justicia hará que su voluntad postrera reine sobre los perversos á su tiempo por medio de los castigos de su venganza justiciera, pues que no quisieron aceptar las recompensas de su misericordia; ved á aquel que sabrá como coronar los justos, á aquel que ha venido á enseñar á los cristianos la verdadera grandeza. Tened presente, amados hermanos míos, la grande y sublime lección del paganismo. Había buscado el sabio gentil, el filósofo pagano el perfecto ideal de la grandeza y de la gloria; y ¡cosa prodigiosa! llevado por la fuerza del ingenio y de la justicia en sus investigaciones hasta los últimos confines del humano saber, llega, por disposición de la Providencia, á la descripción del Justo perseguido, insultado, abatido, ultrajado, cubierto de oprobios y saturado de menosprecios; y deteniéndose aquí, exclama que nada hay ni puede haber de más digno, de más admirable y glorioso. Ese es, hermanos míos, el Dios á quien servimos, ese Rey Señor que proclamamos. Sí, amado Salvador, yo os honro y venero; yo os amo y os quiero entrañablemente en estas humillaciones y menosprecios; yo reconozco,

Señor, en aquéllas y en éstos vuestra dignidad divina, y en ambas cosas veo vuestra grandeza y poder. Tales ultrajes, tales afrentas, tales desprecios escandalizarían enhorabuena é indignarían á almas vulgares; pero cuando es un Dios el que tales cosas padece, cuando es la grandeza misma, cuando es el poder mismo, tales aberraciones y ruindades de corazones bajos y soeces se desprecian: es el paciente superior á los insultos, perdona las injurias, y reina por su bondad, reina por su clemencia. Y ved, amados hermanos míos, la faz sublime, el lado verdaderamente inefable de la soberanía y majestad de Jesucristo; ved lo que nos enseña. Y cuando se ciñe su frente con esta corona, y cuando se pone en su mano esta débil caña, sabed bien, ¡oh cristianos! cuál y cuán elevado es el Dios que honráis, cuál es el espíritu que reina sobre vosotros, cuál es en fin la ley que os dirige y que arregla vuestra vida. Todo esto era necesario, si; y en esta suposición para consolaros, para alentarme yo mismo, debo decir que este Salvador que venía aquí bajo para ser sobre todo el rey de las almas pacientes y tentadas, debía de darnos el mismo el primero un vivo ejemplo de dolor é infortunios. ¡Ah! vosotros gemis, vosotros os quejáis. Muchos contratiempos se atraviesan en el discurso de vuestra vida; sembrados están los senderos de la virtud de dificultades que podrían apurar vuestra paciencia, que parecen agotar á veces vuestras fuerzas, y absorber vuestro valor. Y bien, ¡mirad! ¡mirad! ved al rey de dolores, ved al hombre del padecer, ved á la soberana majestad del sufrimiento y del infortunio!

¿Sabéis lo que decía todavía Bossuet al referir desgracias ilustres? Ese grande ingenio las llama «un no sé qué de perfecto y acrisolado que el infortunio añade á la grandeza.» Hermanos míos, examinaos bien, y reconcentrad vuestra atención: si tuvieseis que venerar á un Salvador rodeado de glorias y honores, asentado en un trono resplandeciente distribuyendo y dispensando á todos riqueza, no prometiendo sino regocijos y goces, ó yo me equivoco, ó lo apreciaríais mucho menos. Pero cuando lo veis reducido al exceso de la ignominia y del infortunio, anegado en un mar de penas, aceptando los golpes de todas las amarguras y de todos los padecimientos, ¡ah! vuestro corazón se llena de respeto, porque nada hay más digno de veneración y respeto que la desgracia y el infortunio; lo adoráis porque nada hay aquí bajo más digno de amor y deferencia que esos dolores sobrellevados tan pacientemente, sobre todo cuando es un sacrificio por la salvación del mundo. Decídmelo, amados hermanos míos; esas almas que se han hecho sobre la tierra los apóstoles de la caridad, que tanto han sufrido por bendecir, por socorrer, por salvar á sus prójimos, que no

temen sus achaques, abrazan con amor todos los trabajos, se privan de toda posición y goce temporal, de todas las ventajas de la vida, decidme, ¿no es verdad que todo esto os parece desde luego mejor, más grande, más respetable para vosotros que esa vida floja, muelle, sensual de los poderosos y ricos del siglo? ¡Ah! dejarán caer alguna limosna alguna que otra vez de sus manos en la del pobre; crearán haber hecho mucho, al menos lo bastante: pero no le consagrarán toda su vida, todas sus penas, todas sus fuerzas. Vedla, amados hermanos míos, ved y contemplad esta majestad soberana de Jesucristo en sus más sublimes rasgos; vedla proclamada y declarada á la faz del mundo. Ahora, volviendo en sí mismo, cada uno de vosotros, yo os conjuro de meditar bien en todo este misterio, y postrados ante el acatamiento de esta majestad del menosprecio y del dolor, al venir á honrar conmigo esta consagración misteriosa del poder y majestad divina en la coronación de espinas y en esta fase de la pasión del Salvador, ¿os estaría bien vivir siempre ciegos, esclavos de los sentidos é inclinaciones de la carne y no buscar en todo sino vuestros gustos y conveniencias? ¡Ah! por cierto que los mártires no pensaban así. Por cierto que los santos tenían sentimientos muy diferentes: ellos tenían hambre y sed de trabajos, de ultrajes, de privaciones. Verdad es que Dios no os los exige como una obligación: hay todavía hombres que experimentan esta necesidad, que ansian por la cruz del Salvador, para sufrir y para expiar los pecados del mundo; pero para vosotros, amados hermanos míos, para nosotros todos, el Señor conociendo nuestra flaqueza y nuestros achaques, sabe muy bien hacerse cargo de nuestras necesidades y miserias, y acomodarse con nosotros según la muchedumbre de sus misericordias y los tesoros de su sabiduría. Podemos tal vez, en ciertos momentos de angustia, tachar de excesivamente rigurosas estas pruebas, esas enfermedades, esos reveses, esas contradicciones, y algunas veces esas injurias, esos errores que nos hieren en lo más vivo de nuestro ser, que nos abaten profundamente; pero mirad, mirad á nuestro Salvador coronado de espinas y teniendo una caña en su mano; vedlo, vedlo insultado, ultrajado, perseguido. Así es cómo predica la paciencia; entonces ¡ah! vosotros lo proclamareis por vuestro rey, por vuestro Señor, y vosotros seréis también reyes por la fuerza y poder que tendréis para sofocar las rebeldías del amor propio herido, para imponer silencio á vuestro espíritu, que quisiera en tal coyuntura destilar la hiel de la injuria.

Sí, vosotros seréis reyes, seréis grandes, seréis fuertes á ejemplo de Jesucristo, cuando acogiendo de manos de la Providencia el infor-

tunio y la prueba, los sobrellevaréis con paciencia, sabréis bendecir la mano que os castiga, veréis en ello un don, una gracia para expiación de vuestros pecados y desagravio de vuestros desacatos, para conseguir la victoria sobre vosotros mismos, para atraeros nuevas gracias y bendiciones del cielo. Y he aquí la majestad y soberanía de Jesucristo, que yo quería haceros recordar en pocas palabras y cuyo recuerdo fio á vuestras religiosas meditaciones. Amados míos, entre nuestros hermanos acá en la tierra hay algunos que no tienen en dónde reclinarse la cabeza, que carecen de medios para sufragar á su frágil existencia; que no tienen con qué satisfacer sus necesidades, con qué aliviar sus dolencias. Honraréis la soberana majestad pobre y abatida de Jesucristo, socorriendo á estos desgraciados. ¡Socorredlos como si tuvieseis presente en ellos al Salvador coronado de espinas, ultrajado, insultado, sumido en un mar de amarguras y dolores! De este modo acumularéis nuevas gracias sobre vosotros, os encontraréis más fuertes en los combates del Señor, más dóciles y fáciles en la obediencia á este rey de los reyes, y alcanzaréis no la corona de espinas, sino la corona de gloria en el cielo que os deseo. *Amén.*

LA CORONACIÓN DE ESPINAS

*Egredimini, filie Sion, et videte regem
Salomonem in diadema, quo coronavit
illum mater sua, in die desponsationis
illius, et in die lætitiæ cordis ejus.*

Hijas de Sión, salid y mirad al rey Salomón con la diadema con que le coronó su madre en el día de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón.

(CANT. III, 11.)

La Iglesia, hermanos míos, verdadera esposa del Hijo de Dios hecho hombre, es la que convida á las almas cristianas y fieles á considerar á Jesucristo su Rey y Señor, coronado de espinas y colmado

de ignominias y de oprobios por la Sinagoga, su cruel madrastra. Mas, ¿por qué llama la sagrada esposa día de bodas y de alegría para su divino esposo, este día que fué el de su muerte, el de su ignominia y el de su dolor? Porque por medio de estas humillaciones, de estos insultos y de estas penas ha expiado grandes crímenes; porque ha purificado nuestras almas, celebrando con ellas sus desposorios en el tiempo, para perfeccionarlos en la eternidad. Ved aquí por qué este día, marcado con tantas ignominias y tantos tormentos para su persona, es un día de gozo y de delicias para su corazón. Es decir que el misterio de la coronación de espinas ha sido para nosotros el misterio de expiación, de bendición, de gracia y de salvación.

¡Valor, pues, oh cristianos hijos de la verdadera Sión, hijos de la Iglesia! Salgamos de nosotros mismos, abandonemos esos pensamientos y esas afecciones profanas, para elevarnos á la altura de la fe. En esta pura región de las cosas divinas consideremos el augusto misterio de nuestro Salvador coronado de espinas, y arumado por nuestra salvación, con los insultos de la infiel Sinagoga, á fin de que penetrados de un sincero reconocimiento y entregándonos enteramente á él, que tanto ha sufrido por nosotros, este día sea verdaderamente el de nuestros desposorios espirituales con él, así como el de la alegría y el triunfo de su corazón sobre nosotros. Para alcanzar la gracia acudamos á la Virgen. *Ave María.*

El mal ejemplo de los que mandan es contagioso, hermanos míos, porque desde luego es imitado por los que obedecen. Los soldados del pretorio se persuadieron que Pilatos, su presidente, no habia dado sino por burla tantas veces á Jesucristo el título de *rey de los Judíos*, y no fué necesario más para que, no contentos con haberle azotado y con haberle cubierto de heridas y de sangre, insultasen también esta soberanía que creían quimérica, vistiéndole con todas las insignias y tributándole todo los homenajes de un rey de burlas. Despojándole luego por segunda vez de sus vestiduras, le hacen sentar sobre una piedra, figurando un trono, y principian á remedar en torno de él las oficiosidades aduladoras de los cortesanos que se disputan el honor de acercarse y de servir á su soberano. ¡Ay! jamás fué la crueldad más fecunda en ingeniosos artificios para saciar su ciego furor, que en la pasión de nuestro Señor Jesucristo. Ellos forman una trenza de varias ramas de cierto junco marino que crece en abundancia en las costas del mar Rojo, y cuyas espinas son largas, duras y agudas; con estas espinas así tejidas componen una horrible é ignominiosa diadema, no á manera de corona, sino en forma de casco; y se

la ponen en la cabeza. Concluidos estos preparativos, se arman de palos con los que le clavan esta corona con una violencia tal, que muy pronto las espinas atraviesan la piel, hieren el cráneo y penetran hasta el cerebro. Algunas de ellas, de una longitud extraordinaria, desgarran los tejidos delicados de su cabeza, se abren paso al través de la frente y el paladar, por los ojos y los oídos, por las sienes y las mejillas. La sangre corre por todas partes, los cabellos y la barba se inundan, todo su rostro se cubre de ella, de modo que Jesús se pone desconocido y ni aun conserva la figura humana. ¿Quién podría por consiguiente, no digo expresar, pero ni aun imaginar el dolor atroz que esta coronación bárbara hizo sufrir á aquella adorable cabeza, herida así á un tiempo con una multitud de enormes espinas?

¡Ah! aquí se verifica de la manera más sencilla y perfecta la profecía que dice: Que el Salvador debía hacerse el hombre de dolor porque se había hecho el hombre de nuestra enfermedad y de nuestro pecado. Mas ¡ay! no sólo es el hombre del dolor más intenso, sino que también es el hombre de la ignominia más atroz y de la confusión más profunda. En efecto, para un rey cuya dignidad real se quería poner en ridiculo, una corona de espinas exigía un manto ignominioso y un cetro ridiculo. Así pues, ellos le ponen en las espaldas por un manto real un harapo asqueroso de vieja púrpura, como prueba de su extraña miseria; y por cetro le ponen en sus manos fuertemente atadas una innoble caña, á fin de indicar la vanidad de su título de rey y la fragilidad de su poder, y también para echarle en cara al mismo tiempo su ambición y su impotencia. Finalmente, para que los homenajes y los respetos que se acostumbran tributar á los reyes fuesen conformes respecto á Jesucristo, á la corona que adornaba su frente, y al cetro que tenía en sus manos y al manto que le cubría, los soldados se agrupan á su alrededor, é hincando primero la rodilla ante él, aparentan adorarle como una falsa divinidad, burlándose de este modo de él por haber querido fingirse el verdadero Dios; después, en medio de risas inmoderadas y de gestos insultantes, le hacen reverencias ridiculas y le saludan irónicamente, diciéndole: Dios te salve, rey de los judíos. Durante esta escena, unos arrojaban á su rostro impuras salivas, otros descargaban en sus mejillas enormes bofetadas; éstos le arrancaban la barba y los cabellos, aquellos le herían con los puños ó con los pies, y otros en fin le arrancaban la caña de las manos y se servían de ella para clavarle más las espinas, y renovar así todos sus dolores, desgarrando más sus heridas. ¡Oh escena de compasión y de horror, al mismo tiempo! ¡oh inocen-

cia cruelmente atormentada! ¡oh dignidad, oh majestad del Hijo del verdadero rey del universo, escarnecida y despreciada! ¡Ay! ¿de qué guardia han salido esas bestias feroces? ¿En qué escuela han podido aprender unas invenciones tan bárbaras?

No nos sorprendamos sin embargo, nos dice San Juan Crisóstomo, de esos actos de ferocidad inaudita. Lucifer, que había inspirado á esos seres criminales, de quienes había tomado posesión, la crueldad con que azotaron al Señor, les inspiró igualmente esos nuevos artificios de refinada barbarie para atormentarle y escarnecerle, y ese sentimiento de horrible complacencia que experimentaron en sus ignominias y dolores, y que manifestaron danzando alrededor de él como frenéticos. Así pues, el demonio no hizo cesar la flagelación del Señor ni detuvo los brazos de los soldados, instrumentos ciegos de su astucia cruel, sino para conservar á Jesucristo á fin de que sufriese este nuevo tormento, mucho más ignominioso y cruel. En efecto, él se lisonjaba de que este exceso de ignominia y de dolor le obligaría á manifestar el gran secreto que quería descubrir, á saber, si era ó no el verdadero Hijo de Dios, secreto que el silencio y la resignación del Salvador habían conservado durante los azotes sin permitir que el príncipe de las tinieblas lo penetrase.

Mas este segundo artificio, á pesar de ser tan bárbaro, no le fué más útil que el primero para descubrir el gran misterio que la sabiduría de Dios quería ocultarle. Jesucristo, en medio de tan horribles tormentos no hizo prodigio alguno de los que podía haber hecho un hombre Dios, ni dió señal alguna de impaciencia, de las que un simple mortal no hubiera podido abstenerse. Él se mantenía pacífico y tranquilo, como si tuviese una gran complacencia en los tormentos que sufría, porque la corona y los atributos que le cubrían de tanta ignominia, cumplían los grandes misterios de su misericordia para con nosotros, y aquel día, tan funesto para él, era el día de sus desposorios espirituales con nuestra naturaleza, el día que colmaba de delicias su corazón.

Procuremos profundizar hoy para nuestra edificación y utilidad esos misterios de gracia y de salvación que el Señor obró entonces con sus ignominias y penas, y que el demonio no comprendió cuando se obraban para su ruina. Y para comprender el misterio de las espinas, es necesario remontarnos á la maldición terrible que Dios fulminó contra Adán, cuando le dijo: La tierra será maldita por tí, y no producirá más que abrojos y espinas. Esta maldición, pues, con que fué herida entonces la tierra material y visible no fué otra cosa que el velo y la figura de una maldición todavía más terri-

ble con qué fué herida también la tierra invisible y espiritual del corazón humano. Los ajros y las espinas, de que la tierra comenzó á ser tristemente fecunda desde aquel momento, no fueron otra cosa que el símbolo de la fecundidad todavía más funesta del corazón del hombre que, estéril desde entonces en virtud y en justicia, no produjo más que vicios y pasiones, nada más que obras inútiles ó injustas, capaces de herir el alma con las espinas aceradas del remordimiento, y buenas sólo para ser arrojadas al fuego.

Pues bien, Jesucristo, aunque se había sustituido á nosotros, no podía cargar con la realidad de esta maldición, porque era esencialmente santo, justo y bendito, autor de toda justicia, de toda santidad y de toda bendición. Por consiguiente, sólo tomó de ella el signo exterior y visible; sólo tomó la figura, es decir, las espinas materiales que traspasaron su cabeza y extendieron el dolor y el sufrimiento por todo su cuerpo. Así, pues, la corona dolorosa con que el Señor permitió que ciñesen su cabeza, significaba nuestros pecados, cuya responsabilidad y cuya pena había tomado sobre sí, y que, semejantes á agudas espinas, son la única producción que germina en el terreno ingrato de nuestro corazón. ¡Bendita sea esta preciosa corona! En ella y por ella ha borrado Jesucristo la antigua maldición. Y así nuestra maldición, que había comenzado por las espinas, concluyó también por las espinas, y la diadema de ignominia, que nos esperaba en los infiernos, se convirtió para nosotros en una diadema de gloria, que tenemos ya derecho á recibir en el reino de los cielos.

¡Oh bondad del Padre celestial, de haber elegido la cabeza augusta de su Hijo muy amado para colocar en ella el signo de nuestra maldición y de nuestra esterilidad, y convertirlo después en un origen fecundo de bendiciones para nosotros! ¡Oh amor inmenso de Jesucristo, que consintió ser traspasado cruelmente por nuestras espinas á fin de hacer descender sobre nosotros esa unión celestial de gracia y de salvación que ha obrado y obra continuamente en nuestras almas tantos y tan señalados prodigios! En efecto, esta unión divina nos hace fecundos para el bien y cura la esterilidad del suelo de nuestro espíritu y de nuestro corazón; ella convierte su jugo emponzoñado y amargo en una savia preciosa que hace germinar en nuestra alma las plantas saludables de los santos pensamientos, las flores olorosas de los castos afectos y los frutos exquisitos de las buenas obras. Ella hace que nuestro espíritu tan vano pueda experimentar la suerte de humillarse delante de Dios, de pensar en Dios, de meditar en la magnificencia y en la bondad de Dios; ella hace que nuestro corazón tan duro sea sensible á las insinuaciones de la gra-

cia, que se embellezca con santos transportes del amor de Dios, y que se dilate en obras de caridad para con el prójimo.

Mas el Señor, en su misericordia, hizo cumplir otro misterio no menos consolador, cuando permitió que los soldados movidos por su ferocidad aumentasen su ignominia, colocando en sus espaldas un andrajo de púrpura, después de haberle despojado de sus vestiduras. Isaías había visto ya en espíritu al Mesías cubierto con este manto de oprobio, y había exclamado dirigiéndose á él: «Señor, ¿por qué os veo con ese vestido rojo? ¿Por qué vuestros vestidos se parecen á los de los viñadores que pisan la uva y exprimen el vino en el lagar?» Y el Señor le respondió: «La sangre de los hombres ha caído sobre mí, y mis vestidos han quedado manchados y empapados en ella. (Is. 62).» Para comprender el sentido de esta respuesta, es necesario recordar que mientras que el Verbo eterno estuvo en los cielos y en el seno de su padre, no tuvo otra vestidura que el esplendor divino de su gloria (Ps. 103), y que esta vestidura divina, siempre blanca y siempre pura, no podía recibir mancha alguna. Mas cuando al hacerse hombre se vistió en la tierra de nuestra carne mortal y enferma, este vestido corporal y terreno pudo recibir manchas exteriores que le hiciesen parecer inundo á los ojos de los hombres, mientras que ninguna cosa podía alterar su pureza interior. Es decir que en cualidad de hombre pudo recibir en su humanidad las manchas de sangre impresas por nuestros pecados, porque en cualidad de Dios no había podido recibirlas en su vestidura de gloria. Así, pues, el girón de púrpura, con que se deja cubrir de un modo tan afrentoso para su divina persona, es el símbolo de la vergüenza y del rubor que debía extenderse sobre la frente de los hombres por los pecados que habían cometido y que cometerían aún con su lujo desenfrenado y su vanidad escandalosa. Mas al vestirse de un deshonrador que en realidad no podía llegar á él, lo expió, lo horró, y nos aseguró la gracia de poder renunciar al lujo y á las vanas pompas, y de amar la sencillez y la modestia en nuestros vestidos; él nos mereció el deseo sincero de adornar nuestro cuerpo con las joyas preciosas de su abatimiento y de su pudor en la tierra, para poderlo vestir un día en el cielo con el brillante esplendor de su cuerpo glorioso.

Mas ¿qué diremos de la ridicula caña que Jesus consintió tener en sus manos? ¡Ah! ella representa nuestra fragilidad y nuestra inconstancia, así como las espinas representan nuestra esterilidad, porque el Salvador quiso expiar por nosotros todos estos vicios. Ningún otro símbolo más que la caña, planta hueca, frágil, movable y leve, podía expresar mejor nuestra grandeza fugitiva como la sombra, nues-

tra vanidad ridícula, nuestra fuerza prestada, nuestra ciencia rica de palabras y pobre de erudición, y además quimérica, orgullosa y sin solidez. ¡Ay! sobre esta caña de la grandeza del siglo y de la ciencia puramente humana, fruto del delirio más bien que de la razón de los filósofos, es sobre la que se apoyan los hombres, y esta caña, impotente para sostenerlos, rompiéndose entre sus manos, los hiere y los deja caer en el fango de todos los vicios y en el abismo de todos los errores. Porque, en efecto, la falsa sabiduría unida á la presunción, á la vana confianza en sí mismo, y al orgullo, que era en la que se apoyaban nuestros padres gentiles antes de hacerse cristianos, no hacia otra cosa que condensar nuestras tinieblas en vez de disiparlas, y aumentar nuestros vicios en vez de curarlos.

Finalmente, la soldadesca insolente añade á todos estos ultrajes sus adoraciones burlas y sus homenajes ridículos; ella le escarnea como á un dios de burlas y á un rey de teatro. Pues bien, al someterse el Salvador á los insultos dirigidos contra su persona, su soberanía y su divinidad, expió las innumerables impiedades, el culto abominable y las impuras supersticiones con que los pueblos del gentilismo ultrajaron al verdadero Dios, doblando la rodilla ante las obras de sus manos y ante las pasiones de su corazón, y prostituyendo á los vicios y á las criaturas la adoración suprema que únicamente se debe al Criador. Él expió los excesos de la hipocresía y del culto material y aparente con que los Judíos, alterando el espíritu de la verdadera religión, insultaban al verdadero Dios en vez de honrarle. Él expió finalmente los sacrilegios, la religión afectada y la piedad fingida de que un gran número de cristianos había de hacerse culpable hasta el fin del mundo; y en tanto que, con el mérito de sus oprobios, satisfacía por todos los ultrajes hechos á la majestad de Dios, alcanzaba á los hombres la gracia del verdadero culto, del culto interior, del culto del espíritu y del corazón. Con este culto sincero y eficaz debían los verdaderos cristianos adorar un día en espíritu y en verdad un solo Dios en tres personas, un Hombre-Dios, Salvador del mundo, y gloriarse de pertenecer á él como sus criaturas, sus súbditos y sus discípulos.

Pero ¡ay! Jesucristo es tratado hoy de la misma manera por una gran multitud de cristianos; de modo que pudiera quejarse también de que nosotros le herimos y le traspasamos. ¿Y qué otra cosa sino espinas agudas presentan á este Dios Salvador los incrédulos presuntuosos que en el seno mismo del Cristianismo, elevándose y perdiéndose en las nubes de sistemas vergonzosos, sacrifican la fe cristiana á los delirios de una filosofía absurda y extravagante? ¿No son tam-

bién espinas lo que le ofrecen los herejes orgullosos que vagando de secta en secta, de extravió en extravió, prefieren sus opiniones á los dogmas, sus errores á la verdad, su razón individual á la revelación, y los abortos monstruosos de sus cerebros enfermos á la fe constante y uniforme de la verdadera Iglesia? ¿No son finalmente espinas lo que le prepara esa multitud de malos católicos, cuyo espíritu y cuyo corazón nadan en un flujo y reflujo continuo de pensamientos lascivos, de complacencias criminales, de afecciones voluptuosas, de sentimientos de odio, de descos de venganza, de cálculos de ambición, de ideas de vanidad, de proyectos de injusticia, de fraude y de opresión?

Por otra parte, nuestro Redentor, sobre cuya cabeza han colocado nuestros pensamientos licenciosos una corona de espinas, está también cubierto con un vil andrajo de púrpura ensangrentada. Y en efecto, ¿en qué ha venido á parar nuestra estola preciosa lavada en la sangre del Cordero y resplandeciente como una púrpura real, la estola de los méritos y de la gracia de Jesucristo y de las virtudes teologales con que fuimos revestidos en nuestro bautismo? ¡Ah, apenas ha quedado un girón desgarrado por los vicios, ensangrentado por los odios, las injusticias y los escándalos con que hemos causado la muerte de tantas almas inocentes! ¿Qué ha sido de nuestro cuerpo, santificado por Jesucristo y en el que Jesucristo se digna ser representado, que recibió de él las vestiduras de la simplicidad, de la modestia, del pudor, de la edificación y de esa mortificación de Jesucristo, que deben edificar al prójimo? Él manifiesta apenas alguna señal exterior de Cristianismo, débil recuerdo de su antiguo fervor; por lo demás, está cubierto de lujo, de mollicie, de púrpuras afeeminadas cuyo principio es la inmodestia, cuyo objeto es la vanidad, cuya regla son las modas, y que sólo son un escándalo á los ojos de los hombres y un manto de deshonra á los ojos de Dios; manto ignominioso, destinado á ser transformado un día en vestidura de maldición que nos rodeará de llamas devoradoras y nos cubrirá eternamente de deformidad y de vergüenza.

Se observan las leyes de los soberanos, se temen sus castigos y se agradecen sus recompensas. Diré más: ¿con cuánta exactitud no se observan las costumbres, las conveniencias, los deberes, en una palabra, las leyes del mundo, ó lo que es lo mismo, del demonio que es el padre de este siglo de corrupción? Y sin embargo estas leyes son generalmente más rigurosas que las del Evangelio. Y ¿cuántos gastos no hacen los hombres, á cuántos peligros no se exponen y á cuántos sacrificios no tienen que resignarse para merecer la aprobación del

mundo y librarse de su censura? Y bien, ¿no es esto reconocer en el demonio y en las potestades de la tierra una autoridad positiva y real, un cetro de oro ó de hierro? Mas en cuanto al rey del cielo ¡ay! se violan sus leyes y sus preceptos; los cristianos se hacen sordos á su voz; desprecian sus invitaciones; no se mueven por sus ejemplos; son insensibles á sus gracias; no dan valor alguno á sus recompensas; profanan sus templos; menosprecian sus sacramentos; se rien de sus juicios y de sus venganzas. Sólo Jesucristo es tratado como un rey de quien no hay bien alguno que esperar, ni mal alguno que temer; como un rey cuyas promesas son fabulosas y cuyas amenazas son quiméricas, y que por lo mismo es tan impotente para castigar al que le ultraja como para recompensar al que le honra. Y ¿no es esto no reconocer en él más que un poder vano y quimérico? ¿No es esto ponerle en la mano, en vez de cetro, una caña ridícula y deshonrosa?

Finalmente, el homenaje que los malos cristianos tributan á Jesucristo es semejante á las insignias dolorosas y humillantes con que le visten. ¡Ay! si se exceptúa un pequeño número de almas piadosas y fieles que, no contentas con cumplir exactamente las leyes del Evangelio, ofrecen cada día y aun muchas veces al día el tributo de sus adoraciones, de su culto y de sus oraciones al Dios del Evangelio, la inmensa mayoría de los cristianos de nuestros días no sólo profanan las leyes de Jesucristo, sino que le niegan todo culto. Y ¿quién es el que, en el interior de su casa y entre su familia, dobla la rodilla para tributar al Dios autor de nuestro ser, árbitro de nuestra vida, señor, juez y rey de nuestras almas, la adoración que le es debida de rigurosa justicia? Aun en los mismos templos, á los que generalmente se va obligado por la costumbre, por el bien parecer, por la curiosidad ó por los respetos humanos, hay muchos que sólo le tributan alabanzas mercenarias, alabanzas vanas en las que el corazón no toma parte alguna, alabanzas que no están animadas por ningún sentimiento de religión ni de piedad. Otros muchos, cuando nuestro Dios y Señor está solemnemente expuesto en la Sagrada Eucaristía para recibir el homenaje de su pueblo, ó cuando se inmola por la gloria de Dios y por la salvación de ellos en el tremendo sacrificio del altar, permanecen en pie en su presencia, con el espíritu distraído y el corazón disipado, sin hacerle ningún saludo, sin dirigirle ninguna súplica, buscando con sus miradas vagas los ídolos profanos, inclinándose apenas á la elevación del augusto sacramento, é insultándole á su propia vista en el tiempo y en el lugar mismo que está destinado á adorarle.

Y bien, ¿no es esto tributar á Dios un culto momentáneo, un culto de simple ceremonia y de pura apariencia; un culto hipócrita, irrisorio é ignominioso, un culto de adoración fingida y de verdadero ultraje? ¿No es esto adorarle como á un rey de burlas y adorarle como á un dios de teatro?

Cesemos, amados hermanos, de tratar como á un dios de madera, como á un rey de burlas, al Dios de majestad y de gloria, al rey inmortal de los siglos. No seamos tan temerarios ni tan insensatos que provoquemos contra nosotros la indignación y la justicia de un soberano cuyo poder no se limita á la vida ni al tiempo, sino que se extiende más allá de la muerte y por toda la eternidad. Despojémonos de nuestros malos hábitos de sacrilegio y de insulto á la majestad de Dios. Unámonos á las verdaderas hijas de Sión, á las almas religiosas y fieles. Y en el Dios que adoramos en la Eucaristía, contemplemos con frecuencia al Dios coronado de espinas por los judíos y lleno de oprobios por nuestro amor. Meditémosle en este estado con una fe viva, adorémosle con una piedad sincera, honrémosle con una humildad profunda, alabémosle con una devoción afectuosa y amémosle con el amor más ferviente. Convirtámonos sinceramente á él, á fin de que uniéndonos á él por su gracia, el día de nuestra conversión sea verdaderamente el día de las delicias de su corazón, supuesto que será también el de nuestros desposorios espirituales con él y el de nuestra salvación eterna. Así sea.